

XIII

La lancha se dirigió... ¿á dónde? Ni el mismo Marcial sabía á dónde nos dirigíamos. La obscuridad era tan fuerte, que perdimos de vista las demás lanchas, y las luces del navío «Prince» se desvanecieron tras la niebla como si un soplo las hubiera extinguido. Las olas eran tan gruesas y el vendabal tan recio, que la débil embarcación avanzaba muy poco, y gracias á una hábil dirección no zozobró más de una vez. Todos callábamos, y los más fijaban una triste mirada en el sitio donde se suponía que nuestros compañeros abandonados luchaban en aquel instante con la muerte en espantosa agonía.

No acabó aquella travesía sin hacer, conforme á mi costumbre, algunas reflexiones, que bien puedo aventurarme á llamar filosóficas. Alguien se reirá de un filósofo de catorce años; pero yo no me turbaré ante las burlas, y tendré el atrevimiento de escribir aquí mis reflexiones de entonces. Los niños también suelen pensar grandes cosas; y en aquella ocasión, ante aquel espectáculo, ¿qué cerebro, como no fuera el de un diota, podía permanecer en calma?

Pues bién: en nuestras lanchas iban españoles é ingleses, aunque era mayor el número de los primeros, y era curioso observar cómo fraternizaban, amparándose unos á otros en el común peligro, sin recordar que el día anterior se mataban en horrenda lucha, más parecidos á fieras que á hombres. Yo miraba á los ingleses remando con tanta decisión como los nuestros; yo observaba en sus semblantes las mismas señales de terror ó de esperanza, y sobre todo la expresión propia del santo sentimiento de humanidad y caridad que era el móvil de uno y otros. Con estos pensamientos decía para mí: ¿Para qué son las guerras, Dios mío! ¿Por qué estos hombres no han de ser amigos en todas las ocasiones de la vida como lo son en las de peligro? Esto que veo, ¿no prueba que todos los hombres son hermanos?

Pero venía de improviso á cortar estas consideraciones la idea de nacionalidad, aquel sistema de islas que yo había ferjado, y entonces decía:—Pero ya: esto de que las islas han de querer quitarse unas á otras algún pedazo de tierra, lo hecha todo á perder; y sin duda en todas ellas debe haber hombres malos, que son los que arman las guerras para su provecho particular, bien porque son ambiciosos y quieren mandar, bien porque son avaros y quieren ser ricos. Estos hombres malos son los que engañan á los demás, á todos estos infelices que van á pelear; y para que el engaño sea completo, les impulsan á odiar otras naciones, siembran la discordia, fomentan la envidia, y aquí tienen ustedes el resultado. Yo estoy seguro—añadí,—de que esto no puede durar, apuesto doble contra sencillo á que dentro de poco los hombres de unas y otras islas se han de convencer de que hacen un gran disparate armando tan terribles guerras, y llegará un día en que se abrazarán, conviniendo todos en no formar más que una sola familia.

Así pensaba yo. Después de esto he vivido sesenta años y no he visto llegar ese día.

La lancha avanzaba trabajosamente por el tempestuoso mar. Yo creo que Marcial, si mi amo se lo hubiera permitido, habría consumado la siguiente hazafia: echar al agua á los ingleses y poner la proa á Cádiz ó á la costa, aun con la probabi-

idad casi ineludible de perecer ahogados en la travesía. Algo de esto me parece que indicó á mi amo, hablándole quedamente al oído, y D. Alonso debió de darle una lección de caballerosidad, porque le oí decir:

—Somos prisioneros, Marcial, somos prisioneros.

Lo peor del caso es que no divisábamos ningún barco.

El *Prince* se había apartado de donde estaba; ninguna luz nos indicaba la presencia de un buque enemigo. Por último, divisamos una, y un rato después la mole confusa de un navío que corría al temporal por barlovento y aparecía en dirección contraria á la nuestra. Unos le creyeron francés, otros inglés, y Marcial sostuvo que era español. Ferzaron los remeros, y no sin gran trabajo llegamos á ponernos al habla.

—¡ Ah del navío! —gritaron los nuestros.

Al punto contestaron en español.

—Es el *San Agustín*—dijo Marcial.

—El *San Agustín* se ha ido á pique—contestó D. Alonso.

—Me parece que será el *Santa Ana*, que también está apresado.

Efectivamente, al acercarnos todos reconocieron al *Santa Ana*, mandado en el combate por el teniente general Alava. Al punto los ingleses que lo custodiaban dispusieron prestarnos auxilio, y no tardamos en hallarnos todos sanos y salvos sobre cubierta.

El *Santa Ana*, navío de 112 cañones, había sufrido también grandes averías, aunque no tan graves como las del *Santisima Trinidad*; y si bien estaba desaborlado de todos sus palos y sin timón, el casco no se conservaba mal. El *Santa Ana* vivió once años más después de Trafalgar, y aun habría vivido más si por falta de carena no se hubiera ido á pique en la bahía de la Habana en 1816. Su acción en las jornadas que refiero fué gloriosísima. Mandábalo, como he dicho, el teniente general Alava, jefe de la vanguardia, que trecado el orden de batalla vino á quedar á retaguardia. Ya saben ustedes que la columna mandada por Collingwood se dirigió á combatir la retaguardia, mientras Nelson marchó contra el centro. El *Santa Ana*, amparado solo por el *Fougueux*, francés, tuvo que batirse con el

Royal Sovereign y otros cuatro ingleses, y á pesar de la desigualdad de fuerzas, tanto padecieron los unos como los otros, siendo el navío de Collingwood el primero que quedó fuera de combate, por lo cual tuvo aquel que trasladarse á la fragata *Eurygalus*. Según allí refirieron, la lucha había sido horrorosa, y los dos poderosos navíos, cuyos penoles se tocaban, estuvieron destrozándose por espacio de seis horas, hasta que herido el general Alava, herido el comandante Gardogui, muertos cinco oficiales y noventa y siete marineros con más de ciento cincuenta heridos, tuvo que rendirse el *Santa Ana*. Apresado por los ingleses, fué imposible marinarlo á causa de su mal estado y del furioso verdaval que se desencadenó en la noche del 21; así es que cuando entramos en él se encontraba en situación bien crítica, aunque no desesperada, y flataba á merced de las olas, sin poder tomar dirección alguna.

Desde luego me conegó mucho el ver que los semblantes de toda aquella gente revelaban el temor de una próxima muerte. Estaban tristes y tranquilos, soportando con gravedad la pena del vencimiento y el bochorno de hallarse prisioneros. Un detalle advertí también que me llamó la atención, y fué que los oficiales ingleses que custodiaban el buque no eran ni con mucho tan complacientes y bondadosos como los que desempeñaron igual cargo á bordo del "Trinidad." Por el contrario, eran los del «Santa Ana» unos caballeros foscos y muy antipáticos, y mortificaban con exceso á los nuestros, exagerando su propia autoridad y poniendo reparos á todo con suma impertinencia. Esto parecía disgustar mucho á la tripulación prisionera, especialmente á la marinería, y hasta me pareció advertir murmullos alarmantes, que no habrían sido muy tranquilizadores para los ingleses si éstos los hubieran oído.

Por lo demás, no quiero referir incidentes de la navegación de aquella noche, si puede llamarse navegación el vagar á la ventura á merced de las olas, sin velamen ni timón. No quiero, pues, fastidiar á mis lectores repitiendo hechos que ya presenciáramos á bordo del "Trinidad," y paso á contarles otros enteramente nuevos y que sorprenderán á ustedes tanto como me sorprendieron á mí.

Yo había perdido mi afición á andar por el cambés y alcázar de proa, y así desde que me encontré á bordo del "Santa Ana," me refugié con mi amo en la cámara, donde pude descansar un poco y alimentarme, pues de ambas cosas estaba muy necesitado. Había, allí, sin embargo, muchos heridos á quienes era preciso curar, y esta ocupación muy grata para mí, no me permitió todo el reposo que mi agobiado cuerpo exigía. Hallábame ocupado en poner á D. Alonso una venda en el brazo, cuando sentí que apoyaban una mano en mi hombro; me volví y encaré con un joven alto, embozado en luengo capote azul, y al pronto como suele suceder, no le reconocí; mas contemplándole con atención por espacio de algunos segundos, lancé una exclamación de asombro: era el joven D. Rafael Malespina, novio de mi amita.

Mi amo le abrazó con mucho cariño, y él se sentó á nuestro lado. Estaba herido en un hombro, y tan pálido por la fatiga y la pérdida de la sangre, que la demacración le desfiguraba completamente el rostro. Su presencia produjo en mi espíritu sensaciones muy raras, y he de confesarlas todas, aunque algunas de ellas me haga poco favor. Al punto experimenté cierta alegría viendo á una persona conocida que había salido viva del horroso luchar; un instante después el odio antiguo que aquel hombre me inspiraba se despertó en mi pecho como dolor adormecido que vuelve á mortificarnos tras un período de alivio. Con vergüenza lo confieso: sentí cierta pena de verlesano y salvo; pero diré también en descargo mío, que aquella pena fué una sensación momentánea y fugaz como un relámpago, verdadero relámpago negro que oscureció mi alma ó mejor dicho, leve eclipse de la luz de mi conciencia, que no tardó en brillar con esplendorosa claridad.

La parte perversa de mi individuo me dominó un instante; en un instante también supe acallarla, acorralándola en el fondo de mi ser. ¿Podría todos decir lo mismo?

Después de este combate moral vi á Malespina con alegría porque estaba vivo, y con lástima porque estaba herido; y aun recuerdo con orgullo que hice esfuerzos para demostrarle estos dos sentimientos. ¡Pobre amita mía! ¡Cuan grande había de

ser su angustia en aquellos momentos! Mi corazón concluía siempre por llenarse de bondad; yo hubiera corrido á Vejer para decirle: «Srita. Doña Rosa, vuestro D. Rafael está bueno y sano.»

El pobre Malespina había sido transportado al "Santa Ana" desde el "Nepomuceno," navío apresado también, donde era tal el número de heridas, que fué preciso según dijo, repartirlos entre los demás buques para que no perecieran todos de abandono. En cuanto suegro y yerno cambiaron los primeros saludos, consagrando algunas palabras á las familias ausentes, la conversación recayó sobre la batalla: mi amo contó lo ocurrido en el "Santísima Trinidad," y después dijo:

—Pero nadie me dice á punto fijo dónde está Gravina. ¿Ha caído prisionero ó se retira á Cádiz?

—El general—contestó Malespina,—sostuvo un horroso fuego contra el "Defiance" y el "Revenge." Le auxiliaron el "Neptune," francés, y el "San Ildefonso" y el "San Justo," nuestros; pero las fuerzas de los enemigos se duplicaron con la ayuda del "Dreadnought" del "Thunderer" y del "Poliphe-mus," después de lo cual fué imposible toda resistencia. Hallándose el "Príncipe de Asturias" con todas las jarcias cortadas, sin palos, acribillado á balazos, y habiendo caído el general Gravina y su mayor general Escaño, resolvieron abandonar la lucha, porque toda resistencia era insensata y la batalla estaba perdida. En un resto de arboladura puso Gravina la señal de retirada, y acompañado del "San Justo," el "San Leandro," el "Montañés" el "Indomptable," el "Neptune" y el "Argonauta," se dirigió á Cádiz, con la pena de no haber podido rescatar el "San Ildefonso," que ha quedado en poder de los enemigos.

—Cuénteme usted lo que ha pasado en el "Nepomuceno"—dijo mi amo con el mayor interés.—Aún me cuesta trabajo creer que ha muerto Churruca, y á pesar de que todos lo dan como cosa cierta, yo tengo la creencia de que aquel hombre divino ha de estar vivo en alguna parte.

Malespina dijo que desgraciadamente él había presenciado la muerte de Churruca y prometió contarle puntualmente,

Formaron corro en torno suyo algunos oficiales, y yo más curioso que ellos, me volví todo oídos para no perder una sílaba.

—'Desde que salimos de Cadiz—dijo Malespina,—Churruca tenía el presentimiento de este gran desastre. El había opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas, y además confiaba poco en la inteligencia del jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El 19 dijo á su cuñado Apedaca: "Antes que rendir mi navío, le he de volar ó echar á pique. Este es el deber de los que sirven al Rey y á la patria." El mismo día escribió á un amigo suyo, diciéndole: "Si llegas a saber que mi navío ha sido hecho prisionero, de que he muerto."

'Ya se conocía en la grave tristeza de su semblante que preveía un desastroso resultado. Yo creo que esta certeza y la imposibilidad material de evitarlo, sintiéndose con fuerzas para ello, perturbaron profundamente su alma, capaz de las grandes acciones así como de los grandes pensamientos.

"Churruca era hombre religioso, porque era un hombre superior. El 21, á las once de la mañana, mandó subir toda la tropa y marinería; hizo que se hincaran de rodillas, y dijo al capellán con solemne acento: "Cumpla usted, padre, con su ministerio, y absuelva á esos valientes que ignoran lo que les espera en el combate." Concluí la ceremonia religiosa, les mandó poner en pié, y hablando en tono persuasivo y firme exclamó:—"Hijos míos: en nombre de Dios prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo con sus deberes! Si alguno faltase á ellos, le haré fustigar inmediatamente; y si escapase á mis miradas ó á las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días, miserable y desgraciado."

"Esta arenga tan elocuente como sencilla, que hermanaba el cumplimiento del deber militar con la idea religiosa, causó entusiasmo en toda la dotación del *Nepomuceno*. ¡Qué lástima de valor! Todo se perdió como un tesoro que cae al fondo del mar. Avistados los ingleses, Churruca vió con el mayor desagrado las

primeras maniobras dispuestas por Villeneuve, y cuando éste hizo señales de que toda la escuadra virase en redondo, lo cual, como todos saben, desconcertó el orden de batalla, manifestó á su segundo que ya consideraba perdida la batalla con tan torpe estrategia. Desde luego comprendió el aventurado plan de Nelson, que consistía en cortar nuestra línea por el centro y retaguardia, envolviendo la escuadra combinada y batiendo parcialmente sus buques, en tal disposición, que éstos no pudieran prestarse auxilio.

'El *Nepomuceno* vino á quedar al extremo de la línea. Rompióse el fuego entre el *Santa Ana* y *Royal Sovereign*, y sucesivamente todos los navíos fueron entrando en el combate. Cinco navíos ingleses de la división de Collingwood se dirigieron contra el *San Juan*; pero dos de ellos siguieron adelante, y Churruca no tuvo que hacer frente más que á fuerzas triples.

"Nos sostuvimos enérgicamente contra tan superiores enemigos hasta las dos de la tarde, sufriendo mucho, pero devolviendo doble estrago á nuestros contrarios. El grande espíritu de nuestro heroico jefe parecía haberse comunicado á marineros y soldados, y las maniobras, así como los disparos, se hacían con una prontitud pasmosa. La gente de leva se había educado en el heroísmo sin más que dos horas de aprendizaje, y nuestro navío, por su defensa gloriosa, no sólo era el terror sino el asombro de los ingleses.

"Estos necesitaron nuevos refuerzos; necesitaron ser seis contra uno. Volvieron los dos navíos que nos habían atacado primero, y el *Dreadnought* se puso al costado del *San Juan*, á medio tiro de pistola por la aleta y popa. Figúrense ustedes el fuego de estos seis colosos vomitando balas y metralla sobre un buque de 74 cañones. Parecía que nuestro navío se agrandaba creciendo en tamaño conforme crecía el arrojido de sus defensores. Las proporciones gigantescas que tomaban las almas parecía que las tomaban también los cuerpos, y al ver como infundíamos pavor á fuerzas seis veces superiores, nos creíamos algo más que hombres.

"Entre tanto, Churruca, que era nuestro pensamiento, dirigía la acción con serenidad asombrosa. Comprendiendo que

la destreza había de suplir á la fuerza, economizaba los tiros y lo fiaba todo á la buena puntería, consiguiendo así que cada bala hiciera un estrago positivo en los enemigos. A todo atendía, todo lo disponía y la metralla y las balas corrían sobre su cabeza, sin que ni una sola vez se inmutara. Aquel hombre débil y enfermizo, cuyo hermoso y triste semblante no parecía el más á propósito para arrostrar escenas tan espantosas, nos infundía á todos cierto ardor desconocido sólo con el rayo de su mirada.

"Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía. Viendo que no era posible hostilizar á un navío que por la proa molestaba al *San Juan* impunemente, fué él mismo á apuntar el cañón y logró desarbolar al contrario. Volvía al alcázar de popa, cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha, con tal acierto, que casi se la desprendió del modo más doloroso, por la parte alta del muslo. Corrimos á sostenerlo, y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué horrible momento! Aún me parece que siento bajo mi mano el violento palpitar de un corazón que hasta en aquel instante terrible no latía sino por la patria. Su decaimiento físico fué rapidísimo: le ví esforzándose por erguir la cabeza que se le inclinaba sobre el pecho; le ví tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada exclamó: *Esto no es nada. Siga el fuego.*

"Su espíritu se rebelaba contra la muerte, disimulando el fuerte dolor de un cuerpo mutilado, cuyas postreras palpitaciones se extinguían de segundo en segundo. Tratamos de bajarle á la cámara; pero no fué posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo á nuestros ruegos, comprendió que era preciso abandonar el mundo. Llamó á Moyna, su segundo, y le dijeron que había muerto; llamó al comandante de la primera batería, y éste, aunque gravemente herido, subió al alcázar y tomó posesión del mando.

«Desde aquel momento la tripulación se achicó: de gigante se convirtió en enano; desapareció el valor y se comprendió que era necesario rendirse. La consternación de que yo estaba poseído desde que recibí en mis brazos al héroe

del *San Juan*, no me impidió observar el terrible efecto causado en los ánimos de todos por aquella desgracia. Como si una repentina parálisis moral y física hubiera invadido la tripulación, así se quedaron todos helados y mudos, sin que el dolor ocasionado por la pérdida de hombres tan queridos, diera lugar al bochorno de la rendición.

La mitad de la gente estaba muerta ó herida, la mayor parte de los cañones desmontados, la arboladura, excepto el palo de trinquete, había caído, y el timón no funcionaba. En tan lamentable estado aún se quiso hacer un esfuerzo para seguir al *Príncipe de Asturias* que había izado la señal de retirada; pero el *Nepomuceno*, herido de muerte, no pudo gobernar en dirección alguna. Y á pesar de la ruina y destrozo del buque, á pesar del desmayo de la tripulación, á pesar de concurrir en nuestro daño circunstancias tan desfavorables, ninguno de los seis navíos ingleses se atrevió á intentar un abordaje. Terminó á nuestro navío, aun después de vencerlo.

«Churruca, en el paroxismo de su agonía, mandaba clavar la bandera y que no se rindiera el navío mientras él viviese. El plazo no podía menos de ser desgraciadamente muy corto, porque Churruca se moría á toda prisa, y cuantos le asistíamos nos asombrábamos de que alentara todavía un cuerpo en tal estado; y era que le conservaba así la fuerza del espíritu, apegado con irresistible empeño á la vida, porque para él en aquella ocasión vivir era un deber. No perdió el conocimiento hasta los últimos instantes; no se quejó de sus dolores, ni mostró pesar por su fin cercano; antes bien, todo su empeño consistía, sobre todo, en que la tripulación no conociera la gravedad de su estado, y en que ninguno faltase á su deber.

Dió las gracias á la tripulación por su heroico comportamiento, dirigió algunas palabras á su cuñado Ruiz de Apodaca, y después de consagrar un recuerdo á su joven esposa, y de elevar el pensamiento á Dios, cuyo nombre oímos pronunciar varias veces ténuemente por sus secos labios, espiró con la tranquilidad de los justos y la entereza de los héroes, sin la satisfacción de la victoria, pero también sin el resentimiento del vencido, asociando el deber á la dignidad y haciendo de la dis-

ciplina una religión; firme como militar, sereno como hombre, sin pronunciar una queja ni acusar á nadie, con tanta dignidad en la muerte como en la vida. Nosotros contemplábamos su cadáver, aun caliente, y nos parecía mentira; nos parecía que había de despertar para mandarnos de nuevo; y tuvimos para llorarle menos entereza que él para morir, pues al espirar se llevó todo el valor, todo el entusiasmo que nos había infundido.

“Rindióse el *San Juan*, y cuando subieron á bordo los oficiales de los seis buques que lo habían destrozado, cada uno pretendía para sí el honor de recibir la espada del brigadier muerto. Todos decían: “se ha rendido á mi navío,” y por un instante disputaron reclamando el honor de la victoria para uno ú otro de los buques á que pertenecían. Quisieron que el comandante accidental del *San Juan* decidiera la cuestión diciendo á cuál de los navíos ingleses se había rendido, y aquel respondió:—“A todos; que á uno solo jamás se hubiera rendido el *San Juan*.”

“Ante el cadáver del malogrado Churrucá, los ingleses, que le conocían por la fama de su valor y entendimiento, mostraron gran pena, y uno de ellos dijo esto ó cosa parecida:—“Varones ilustres como éste, no debían estar expuestos á los azares de un combate, y sí conservados para los progresos de la ciencia de la navegación.”—Luego dispusieron que las exequias se hicieran formando la tropa y marinería inglesa al lado de la española, y en todos sus actos se mostraron caballerosos magnánimos y generosos.

“El número de heridos á bordo del *San Juan* era tan considerable, que nos transportaron á otros barcos suyos ó apresados. A mí me tocó pasar á éste, que ha sido de los más maltratados; pero ellos cuentan poderlo llevar á Gibraltar antes que ningún otro, ya que no pueden llevar al *Trinidad*, el mayor y el más apetecido de nuestros navíos”.....

Aquí terminó la narración de Malespina, el cual fué oído con viva atención durante el relato de lo que había presenciado. Por lo que le oí, pude comprender que á bordo de cada

navío había tenido lugar una tragedia tan espantosa como la que yo mismo había presenciado, y dije para mí:—¡Cuánto desastre, Santo Dios, causado por las torpezas de un solo hombre!—Un hombre tonto no es capaz de hacer en ningún momento de su vida los disparates que hacen á veces las naciones, dirigidas por centenares de hombres de talento.